

» Si dijeres : Mal venido ;
 » Dirás : Norabuena vayas.
 » Diciéndote estas sospechas
 » Tú me has dicho que son falsas ,
 » Y que por no agradecellas
 » Pongo á tus favores tachas ;
 » Y esto en buen romance es
 » Persuadirme que me amas :
 » Si es así , y me das lo mas ,
 » ¿ Cómo en lo ménos reparas ?
 » Yo me daré por vencido
 » Con la vista de mañana ,
 » Si entonces viere que estás
 » Corregida y emendada.
 » Sé larga en lo que nos resta
 » Si hasta aquí no fuiste larga :
 » Si del secreto recelas
 » Harán que le haya mis trazas ,
 » Que habiéndotelas yo dicho
 » No te han parecido malas.
 » ; Pero hartó malas son
 » Si no han de servir de nada !
 » Ya sabes que en el secreto
 » Nadie en el mundo me iguala.
 » Con esto solo concluyo,
 » Con que doy fin á mi carta ;
 » Que si el favor que me diste ,
 » Le diste de buena gana ,
 » No habrá cosa que me niegues ,
 » Pues es verdad apurada ,
 » Que es fácil ganar la villa ,
 » La fortaleza ganada .»
 Habiendo la carta escrito
 La cierra , y para envialla
 Llamó un paje que la lleve ;
 Mas recelase de dalla ,
 Que para cosa tan grave
 Ninguno hay de confianza :
 Ni al flaco papel se atreve
 Cargar carga tan pesada :
 Envolviola en un papel
 Y en su escritorio la guarda.

(Romancero general.)

158.

CEGRÍ. — III.

(Anónimo.)

Al venturoso Cegri
 La hermosa Celindaja ,
 Con mas lágrimas que letras
 Está escribiendo una carta.
 Soberbio es el sobrescrito ,
 Que es soberbia su esperanza :
 « Al ídolo de mi gusto ,
 » Tan al justo de mi alma.
 » Si temo viéndote ausente ,
 » No te admires , prenda cara ,
 » Porque este monstruo de ausencia
 » Pare imposibles mudanzas ;
 » Y mas tú , olvidado moro ,
 » Que con encomiendas flacas
 » Sabes hacerte tan fuerte
 » Que borras memorias bartas.
 » Hablo , amigo , de experiencia ,
 » Que conozco tus ventajas ,
 » Y temo propias sospechas
 » Cuando á ajenas tierras vayas.
 » Tu descuido me promete
 » Cuidado por nueva causa ;
 » Que eres para ser querido ,
 » Y no han de faltarte esclavas.
 » La que dejaste en Toledo
 » Con tu memoria descansa :
 » ; Quiera Alá , dichoso moro ,
 » Que allá esté desocupada !
 » En mi corazón te mira
 » Las tardes y las mañanas ,

» Que el espejo de mi pecho
 » Son tus primeras palabras.
 » En mi alma tu fe guardo ,
 » Si es que cual tuya la tratas :
 » Ven , visítala , Cegri ,
 » Que se confiesa agraviada.
 » Si me engañares , al ménos
 » Una mujer flaca engañas ,
 » Culpada de voluntad ,
 » Que no pequé de ignorancia.
 » ; Ay moro del alma mia ! ...»
 Aquí suspensa y turbada ,
 Renovando sentimientos ,
 Borra las letras que estampa :
 Crece el nubló de suspiros ,
 Los ojos el papel bañan ,
 Falta á la mano el aliento ,
 Y á la pluma tinta falta.
 La mora que las encierra ,
 Como es la mora encerrada ,
 Tocó á recoger el cuarto
 De la Reina y de las damas :
 Celindaja dobló el pliego ,
 Y á quien lo que es le demanda ,
 Dice que son devociones
 Que pasa cada semana.

(Romancero general)

ROMANCE DE ARLAJA.

159.

ARLAJA.

(Anónimo.)

En el aceruelo Arlaja
 Puestos los dos soles tiene ,
 Eclipsadas ambas lunas
 Con las lágrimas que vierte
 Mil veces pone los ojos
 En la labor , y la vuelve ,
 Porque turbada de celos
 El tino y los puntos pierde .
 Dos mil se le corta el hilo ,
 Y no el hilo de sus fuentes ,
 Que como nacen del alma
 Son perpetuas sus corrientes .
 — ; Moro , dice , mas ingrato
 Que los ingratos de allende ,
 Pues en condicion ingrata
 A esos bárbaros excedes !
 Dime , Arlaja , qué te ha hecho
 Que le das tantos desdenes ?
 ; Es posible que no estimas
 La palabra que le ofreces ?
 Si no me quieres , cruel ,
 ; Por qué en balde me entretienes ?
 Y si dices que me amas ,
 Quiéreme como me vendes .
 Ten lástima de tu Arlaja ,
 Si de tí mismo la tienes ,
 Que vendrás á hacer al fin
 Lo que agora no resuelves .
 Bien sé que besas y adoras
 Otras mas altas paredes ;
 Mas no lo son en firmeza ,
 Que es firmeza de papeles .
 Poca guarda es la que guardan
 Altas torres , lienzos fuertes ,
 Que cuando quisiere el alma
 Los hallará transparentes .
 Quiere bien en una parte ,
 No quieras en tantas veces ,
 Que es forzoso no querer
 Si tan partido anduvieres .
 ; No ves que es notable agravio
 Seguir tantos pareceres ,
 Y pagar con un amor

A tres ó cuatro querereres ?
 ; Qué poco te cuesta amar
 Que tras cada canton mueres !
 ; Bien parece que no amas ,
 Pues á ninguna aborreces !
 Envidia te tengo , moro ,
 No á tu amorcillo ¹ , que mientes .
 ; Oh quién pudiera mentir
 Por querer siquiera á veinte !
 De gallarda complexion ,
 De hermosa voluntad eres ;
 Tú vendrás á amar por tiempos
 Algun millon de mujeres .
 ; Plegue á Alá que quieras tanto
 Que de puro amor revientes ,
 Y que aborrezcas á todas
 Cuando finges que las quieres ,
 O que des en otro extremo ,
 Pues de extremo á extremo vienes ,
 Que te suban mas de punto
 Lo que tú tanto encareces ;
 Y que pues eres Narciso ,
 Pues Narciso te pareces ,
 De tí mismo te enamores ,
 Pues no te bastan mujeres .

(Romancero general.)

¹ Este verso está sin duda equivocado.

ROMANCES DE ARBOLAN.

160.

ARBOLAN. — I.

(Anónimo.)

Sobre lo verde y las flores
 Unas moras enlazadas ,
 Amarga fruta que dieron
 Sus floridas esperanzas ,
 Sacó el gallardo Arbolan
 En una muestra gallarda ,
 Muestra con que al mundo muestra
 Lo que se muestra en su cara .
 No lleva mote en la empresa ,
 Que mudo emprendió sus ansias ,
 Y el ser mudo no le muda
 La mudanza de su dama .
 Callando á su calle llega ,
 Y al pasar por ella , pasa
 Tan duros pasos de muerte ,
 Que el menor pasa de raya .
 Tan mirado y tan temido
 Mira el balcon de Guhala ,
 Que aunque á la mira estuvieran
 Mil ojos , no le miraran ;
 La cual de cabellos bellos
 Unos lazos desenlaza ,
 Lazos que en lazos de amor
 Rendidas almas enlazan :
 Y entre matas de un jazmin
 Tiende sus matas doradas ;
 Matas que matan á todos ,
 Y por ninguno se matan .
 Cayóle una cinta verde
 Que el moro alcanzó , y alcanza
 Tan rico alcance su gloria ,
 Que no viviera alcanzada .
 Ella por cobrar su preuda ,
 Una su criada llama ,
 Criada , y criada al gusto ,
 De quien es norte en crianza ;
 Y dijole que subiese
 Una lista enamorada ,
 Que entre las moras de un moro
 De verde se hace morada ;
 Que si tantas moras moran
 Como en su aljuba en su alma ,
 Alma , mora , aljuba y moras

No morirán solitarias .
 El , apuntando la cinta
 Con la punta de la lanza ,
 Punta que su punta esfuerza
 Sin faltar punto á su fama ,
 Dijo : — Las moras nacieron
 De una que sembré en el alma ,
 Una , tau una en belleza ,
 Cuanto es una en las mudanzas .
 Cogilas sin merecerlo ,
 De mil flores plateadas ,
 Flores que bien eran flores ,
 Pues tan de flores se pasan ,
 Y no teñirán tu cinta ,
 Porque de sangre se pagan ,
 Sangre de la mejor sangre ,
 Que vertió sangre cristiana .
 Si es yerro no obedecerte ,
 Yerro el hierro de mis armas ,
 Que cautivo que tú hierras ,
 Yerra mucho si te enfada .
 De aquí la prueba á quitar
 Tu prenda , quien en tu casa
 Prendas sin prendas merece ,
 Porque aprenda á celebrarlas . —
 Con esto atajó la rienda
 Al caballo , y á las ansias ,
 Parte á acaballo á caballo ,
 Y en mil partes parte el alma .

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances , 2.ª parte.)

Romance ingenioso , pero de muy mal gusto.

161.

ARBOLAN. — II.

(Anónimo.)

A la gineta vestido
 De verde y flores de plata ,
 Verde y flores que prometen
 Verde y florida esperanza ;
 Por divisa un corazón
 Morado y blanco en la adarga ;
 Blanco , que es blanco á do tira
 La que deja en blanco á tantas ,
 Busca el gallardo Arbolan
 A su bella mora Guhala .
 Mora que en su pecho mora ,
 Mora que enamora y mata .
 Viola con su mora Alcida
 De pechos á una tentana ,
 Pechos á quien paga pecho
 El que los pechos abrasa .
 Conoce en ella de léjos
 Serena frente y bonanza ,
 Frente , que puestas enfrente
 No es mucho afrente mil damas .
 El moro se regocija
 Con vista tan dulce y grata .
 Vista , que vista condena
 En vista y revista al alma .
 Juzga , viéndola , por gloria
 Las graves penas que pasa ,
 Penas , que apénas las sabe
 Quien tan sin penas las causa .
 Humilla adarga y bonete ,
 Bandera y hierro de lanza ,
 Hierro que castiga yerros
 Y no yerra á quien le agravia .
 Guhala cubre la boca
 Con una toca de plata ,
 Toca dichosa , que toca
 En parte jamas tocada :
 Y al encubrir tanta gloria
 Descubre una mano blanca ,
 Mano , que es todo en su mano
 Y á todas de mano gana .

El recorrer con los ojos
Primero calle y ventanas,
Calle, que es bien que se calle,
Que no medra quien no calla:
Y no viendo azar ninguno
Por ganar la suerte, para,
Suerte, que por ser de suerte
Esta suerte la declara:
—Serán de lo que dijere,
Señora, el tema mis ansias,
Tema que es fuerza se tema
Pues da temor el pensallas.
También de fortuna temo
El trato y sus inconstancias,
Trato que es trato de cuerda,
Para quien menos maltrata.
Mas hoy probaré hasta dónde
Tira mi dicha la barra,
Dicha sin igual si á dicha
Mi pena dicha no os cansa.
Y en prendas, solo os ofrezco
Mi casta fe por esclava,
Casta, y de casta tan noble
Que os iguala en noble casta.
Y la merced que recibo
Soy mudo en el publicalla,
Mudo, que jamas me mudo,
Porque aborrezco mudanzas
Aceptadlo, sin mostraros
Dura á tan tiernas palabras,
Dura, que si el serlo dura
No durará quien os ama.
Y adios, que siento ruido:
El cuerpo parte sin alma
Parte, por no ser ya parte
De alma que de vos se aparta.—

(Romancero general. — lt. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

† Tiene el mismo carácter que el anterior del núm. 160.

162.

ARBOLAN. — III.
(Anónimo.)

Sale de un juego de cañas
Vestido de azul y verde
El valeroso Arbolan,
Casi al punto que anochece,
En un alazan caballo,
Adornado de jaeces,
Lleno el freno de penachos,
Y el pretal de cascabeles.
De Sanlúcar sale el moro,
Y camino va de Gelves,
Tan melancólico y triste,
Cuanto vino ayer alegre,
Porque una morada toca
Que á su mora dió en retruque
De un hermoso camafeo,
En un verdoso bonete,
Vió que la llevaba puesta,
Si los ojos no le mienten,
En lo blanco de la adarga
Su competidor Amete.
A sus lástimas tan justas
A responder no se atreve
El eco por no enojalle,
Que aun hasta el eco le teme.
— ¡Maldito sea, dice el moro,
Quien se fia de mujeres,
Pues sabe son mas mudables
Que los años, dias y meses!
¡Malditos sean sus halagos,
Si halagos decirse pueden,
Pues halagan con la paz,
Y armada la guerra tienen!
¡Malditas sean sus palabras,

Maldito cuanto prometen,
Pues prometen y no cumplen,
Y sin dádivas no quieren!
¡Maldita su falsa risa,
Pues cuando rien aborrecen,
Y cuando muestran amor
Es cuando mas se endurecen!
¡Malditos sean sus favores,
Y el amor falso que tienen,
Pues quieren al que no ama,
Y al que las ama aborrecen!
¡Malditos sean los gemidos
Que dan, si ausentes los tienen,
Pues no lloran por la ausencia,
Sino temiendo que vienen!
¡Mal haya también mi dicha,
Pues cuando florecer debe,
Con la niebla de unos celos
Se aniebla, marchita y pierde!
¡Malhayan mis esperanzas,
Pues estaban ayer verdes,
Y hoy se han tornado amarillas
Con un cierzo de desdenes!
¡Qué me importa á mi, di, Guhala,
Que me mirces siempre alegre,
Pues que segun hoy he visto,
Sin duda entónces me vendes?
¡Qué me importa que tú digas,
Que por mi vives y mueres,
Pues segun hoy has mostrado
Fingidamente hablar debes?
Entre los fingidos tratos
Que á entrambas partes prometes
Sin inclinarte á ninguna,
A él piadosa, á mi clemente,
Mas vale que te declares.
Y esos ademanes dejés,
Pues que con ellos me engañas,
Y suspenso á Amete tienes.
Con esto vivirás leda,
Y alegre vivirá Amete,
Y yo moriré contento
Por ser tú quien me da muerte
Podréis gozaros los dos,
Y yo gozaré mi muerte,
Que será una corta vida,
Colgada de esos placeres.—
No pudo hablar mas el moro,
Que lágrimas le detienen,
Y un sudor que ha procedido
De celosos accidentes.

(Romancero general.)

163.

ARBOLAN. — IV.
(Anónimo.)

El mas gallardo giñete
Que jamas tuvo Granada,
Cortés, galan y discreto,
Brioso en jugar las cañas,
Diestro en una y otra silla,
Y mucho mas en las armas;
Fuerte cual acero en ellas,
Y cual cera entre las damas;
Diamante entre los alfanjes,
Gracioso en bailar las zambras,
Sal en las conversaciones,
Y medido en las palabras;
Vestido de una marlota
Medio azul, medio encarnada,
Efectos que causa el moro
En la bella mora Guhala:
El capellar amarillo,
Que es color desesperada;
Azul el turbante y toca,
Por unos celos que trata,
Pártese con razon poca,

« ¡Ay querida Guhala,
Triste del que sin verte muerte aguarda! »
(Romancero general.)

163.

ARBOLAN. — VI.

(Anónimo.)

Cuando de Titon la esposa
Deja el asiento dorado,
Dando á la rosa su precio,
Que la noche le ha robado,
Cantan Filomena y Iris;
El ruseñor namorado
Muestra sus dulces amores,
En que siempre está enlazado,
Y de seda recamado,
Vuelve con nueva querella
Al trabajo comenzado
El labrador industrioso
Y el trabajador cansado,
Sale del monte de Arcadia
Arbolan enamorado,
A quien amor de Soltana
Traia el pecho abrasado.
Rica marlota traia
De oro verde y morado,
Esmaltada de mil flores,
Que declaran su cuidado;
Blanco el bonete y lustroso
Todo de perlas sembrado,
Rica bordadura de oro,
Y de seda recamado.
En caballo alazan viene,
Ricamente enjaezado,
Cuanto de uno al otro polo
No puede otro el sol mirallo
Con soberbio continente
En su amor embelesado,
Por do el caballo lo lleva,
Iba el moro trasportado.
Llora la manda terrible,
Siente el triste su cuidado,
Porque la bella Soltana
Con desden le habia tratado.
Mandado le habia su dama,
Que en Argel no hubiese entrado
Hasta que del sol la hermana
Muestre su rostro menguado,
Porque en campo no venció
A Azarque, moro esforzado,
Que por enojar su amor
Con él entró en estacada.
Maldice el moro á sí mismo,
A la fuente, río y prado;
Por haber hecho tan poco
Contra sí se vuelve airado.
« ¿Qué es de tí, moro Arbolan?
¿Qué es de tu valor sobrado,
Que en nada tenia al mundo,
Y agora se ve amenguado?
Aunque Azarque lo mejor
De Arbolan no haya llevado,
Es gran mengua que se diga
Que conmigo se ha igualado.
¿No bastaba el amor vivo
Que tu dama te ha mostrado,
Verte de ella ser querido,
Verte de ella regalado?
¡Ay bella Soltana mia!
¡Ay mi rostro delicado!
¡Ay bellos cabellos de oro,
Que me tienen enlazado!
No consintais daño tanto:
Alzad, alzad el destierro,
Destierro que á mi destierra
Por tierra tan alejado.—
Y llorando de sus ojos
Con mortal dolor y rabia »

Y auséntase de su dama;
El va vestido de fiesta,
Y ella de luto en el alma.
Camina para Jaen
Solo por jugar las cañas,
Cuando Guhala pierde el rastro
De los contentos del alma.
Es mora cuya hermosura
Mil corazones enlaza,
Y viendo libre á Arbolan,
De esta manera le habla:
— ¡Arbolan, valiente moro!
¡Tan flacamente me amas,
Que con pequeña ocasion
De mi presencia te apartas?
¡Oh si pudiera seguirte,
Y cómo que te espantaras
Viendo en mí la fortaleza
De amor, que en tí se acobarda!—
El ver partir á Arbolan
Tanta pena le dió á Guhala,
Que cayó la mora enferma
Al tiempo que él caminaba;
Y á moras que le preguntan
De su enfermedad la causa,
Responde con fingimiento
Y con palabras dobladas.
Ménos dobleces la toca
Tiene, que el moro llevaba,
Que son los que Guhala muestra
En el mal y en las palabras.
Solo á Zara, que es su amiga,
Y de su Arbolan hermana,
Quejas y ocasion le cuenta
Con plática clara y llana:
— ¡Ay Zara, querida amiga!
¡Cuán mal tu hermano me trata,
Que con ausencia rabiosa
Ya por momentos me acaba!—
Y estas palabras diciendo
Se le quedó desmayada:
Flaqueza del mal que tiene,
Y fuerza de amor lo causan.

(Romancero general.)

164.

ARBOLAN. — V.
(Anónimo.)

Preso en la torre del Oro
El fuerte Arbolan estaba,
Por mandado de su Rey,
Con cuatro alcaldes de guarda;
No porque traidor ha sido
Contra su corona en nada,
Sino por celos que tiene
De su idolatrada Guhala:
« ¡Ay querida Guhala,
Triste del que sin verte muerte aguarda! »
Manda que suelto no sea,
Sino para mas venganza,
Con dos pesadas cadenas,
Que piés y manos le traban:
Viéndose de aquella suerte,
Sin remedio de esperanza,
Suspirando dice á voces,
Asomado á una ventana:
« ¡Ay querida Guhala,
Triste, etc. »
Y luego volvió los ojos,
Y á Guadalquivir miraba,
Diciendo: — Rey inhumano,
Ya obedezco lo que mandas.
Mandástemme poner hierros,
Y cargástemme de guardas,
Ambas á dos, cosas son
No sin gran misterio causa.

Quedó el moro amortecido,
Pálido el gesto y mudado.
El campo iba regando
Por do le lleva el caballo,
Tal que parece trasunto⁴
Sin bullir con pié ni mano.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

¹ Este Arbolan no tiene relacion alguna con el de los romances anteriores.

² Así en el original, faltando á la asonancia.

³ Desde este verso hasta al fin se falta al asonante que corresponde.

⁴ Difunto querrá decir.

ROMANCES DE ALIATAR Y EL MAESTRE
DE CALATRAVA.

166.

ALIATAR — I.

(Anónimo.)

De la Naval con quien fueron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fe de sucesos varios;
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En mas peligrosos cargos;
Que de su linaje noble
Las proezas imitando,
Del gran Alcaide su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando pues su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitálos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano;
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troiano,
Huésped, robador de fe;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vario
Voló á otros nuevos desvios
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda
Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su lijereza el cargo.

(Romancero general.)

167.

ALIATAR. — II.

(Anónimo.)

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis:
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos,
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosias,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y sino callad de dia,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa
Siendo mentira, contastes,
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;
Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,
Sabréis bajezas notables.
Jamás tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen;
Señal de malos respetos,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,

Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

(Romancero general.)

168.

ALIATAR. — III.

(Anónimo.)

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Mas de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes,
Y que soy cobarde: mientes;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez antes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste,
Dijiste: — ¡Pobre Aliatar!
En pié morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,
Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance:
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperare;
Que soy mas bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste:
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies;
¡Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen!
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes:
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames;
Pues se da nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire. —

(Romancero general.)

169.

ALIATAR. — IV.

(Anónimo.)

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del alcazar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,

Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha:
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan lijero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ansias,
Y de todo la ocasion
Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
« Por envidia se las saca ».
— Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenamar,
Si con mi daño no medras,
¡Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras. —
Dijo, y olvidóse luego
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va mas que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenna,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: — Si el temor de verme,
Abenamar, no te mata,
Espera para la vuelta. —
Y en esto se entró en Granada.

(Romancero general.)

170.

ALIATAR. — V.

(Anónimo.)

« Déname el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio:
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento:
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmelo luego
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlotra quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho

Como el vestido que llevo :
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Solo el velo de la adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento :
Vido á su Zoraida bella,
Y parte luego corriendo
Deseando de hablarla ;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que mas le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya ;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga,
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto :
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos ;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo :
¡Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo!
Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria esta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fuéron.

(Romancero general.)

171.

ALIIATAR.—VI.

(Anónimo.)

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Donde vive y donde muere,
El bravo moro Aliatar ;
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte,
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la mas hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bazarria estima,
Y cuyo donaire escede
A toda imaginacion,

Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De donde su gusto tiene ;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronosticau daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada
Con Cegries y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y mas el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Solo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Mas por el nombre que tienen :
Y quiso por su tristeza
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha ;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Lleva pintada la muerte,
Con esta letra, que dice :
«Matóme, sin que muriese».
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete
Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen
Como vuelan sus contentos,
Un martes cuando amaneece ;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fe que contra la suya
El tiempo muy poco puede :
Por medalla, una leona
Que á solo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido⁴,
Y dice lo que se lee :
«Estos bastan para darla,
Mas quien á mi dalla puede
Con ellos se ablanda ménos,
Y mucho mas se endurece».
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra :
«No son ménos los que tiene»
Y una lanza con dos hierros,
Por solo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente :
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué mas verde :
El brazo todo cubierto,
Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre ;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abraza
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando
Aquel fuego en que se enciende,

Y escrito con letras de oro :
«Mucho temo el parecerte» ;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guarnicion en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tabali
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes,
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una oscura noche
Que truena, graniza y llueve.
Un borcegui datilado,
Hechos lazos en reveses,
En señal que sus intentos
Todos al reves suceden ;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.
No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto lo siente.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salia
Al pie de un monte silvestre ;
«Este, dice el moro, es
El lugar que me conviene».
Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

(Flor de varios y nuevos Romances, 5.ª parte.)

⁴ Es una antigua creencia que la leona pare los hijos muertos, y los da vida con sus rugidos.

172.

ALIIATAR.—VII.

(Anónimo.)

No con azules tahalies,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de cuatro en cuatro,
Del mal logrado Aliatar
Los afligidos soldados :
«Tristes marchando,
Las trompas roncacas, los tambores destemplados».
La gran empresa del Fénix
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando :
«Tristes, etc.»
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.
A caballo salió el moro,
Y otro día desdichado
En negras andas le vuelven

Por donde salió á caballo
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltaron :
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron :
«Tristes, etc.»
¡Oh cómo lo siente Zaida !
¡Y cómo vierten, llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco !
Dilo tú, Amor, si lo viste :
Mas ¡ay que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado !
«Tristes, etc.»
No solo le lloró Zaida ;
Pero acompañarla cuantos
Del Albaicín á la Alhambra
Beben de Genil y Darro ;
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á anparo :
«Tristes marchando
Las trompas roncacas, los tambores destemplados».
(Romancero general.)

⁴ Es uno de los romances mas dignos de atencion, en donde su parte lirica apenas sufre competencia. Está lleno de bellas imagenes, cuya pompa lúgubre interesa sobremedera, y hiera la imaginacion, trasladándola á la escena que el poeta quiso pintar.

ROMANCES DE MULEY.

173.

MULEY.—I.

(Anónimo.)

Los ojos vueltos al cielo
Y el pensamiento en su alma,
Cercado de mil sospechas
Ingratitud y mudanza,
Celos, temor con engaño,
Embustes, nuevas marañas,
Peligros, muerte segura,
Con tormenta y sin mudanza,
De azul, pardo y amarillo
Una marlota bordada
Cercada de mil trofeos
Entre listones y franjas ;
Por descanso un almaizar
Con una borla encarnada
Y en un extremo este mote :
«Mas el descansar me cansa».
Un bonete aceitunado,
Una toca anaranjada,
Que ni es bien desesperado
Ni con perfecta esperanza ;
Y del cabo del bonete
Que hasta el hombro izquierdo baja,
Cuelga un precioso joyel
Con una fina esmeralda
Y dos arábicas letras,
Lo que le parece gracia,
Que declare en Aljmania :
«De esperar estoy colgada».
En un morado tabali
Un alfanje de Tartaria,
La hoja llena de letras,
La guarnicion plateada,
Y en medio de la contera

Un Cupido con sus armas
Y en una flecha este mote:
«Al que le defienda, mata».
Borceguies datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil
Si con los piés pinta ó labra
Pasando mas adelante
La cola lo desbarata.
Quiso así significar,
Que cuanto labró en Granada
La cola de un desengaño
Le destruyó sus pisadas,
Salió el gallardo Muley
De la fuerza del Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

(Romancero general.)

174.

MULEY.—II.

(Anónimo¹.)

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces
A decille así principia:
«Oh tesoro de mis males,
Y de mis querellas mina!
¿Es posible que tus manos
Contra mi pecho se inclinan?
Acuérdate de las flores
Que cogí en Guadalmédina,
Y que en presencia y ausencia,
Muley ante tí se inclina.
Ablanda ya el corazón
De esmeralda diamantina,
Y no pienses que en desdenes
Tu falsa afición se afina.
Buscando voy tu calor,
Como la fiel golondrina,
Que se va huyendo del golpe
De la furiosa marina:
Que porque me viste hablar
En la zambra con Cevina,
Quisiste contra tu fama
Ser á tu gusto divina.
No uses de los dobleces
Que usó la cauta Armelina:
Mira que mi pensamiento
A pensar en tí no atina.
Si te hablo, dícesme,
Que me voy de la bolina;
Y si te miro callando,
Eres contra mi malina.
No sé, mora, qué te hago,
Pues con furia repentina
Te defiendes de un rendido
Con escudo y jacerina.»
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lacio cuerpo reclina.

(Romancero general.)

¹ Este romance puede considerarse como resultado de un monorrinio de piés de diez y seis sílabas, partidos por la mitad en el emistiquio. Conde presume que de esta combinación métrica de los árabes resultó nuestro romance de verso redondillo, ú octosílabo.

175.

MULEY.—III.

(Anónimo¹.)

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el Santo Rey Fernando,
Dia de San Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano Rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice: «Llega, cristiano,
»Saquea, roba y destruye.
»Pues que has vencido el linaje
»Que al mundo de sangre cubre.
»Los Gazules llevas presos,
»De esta tierra honra y lumbre.
»Y te afirmo que Granada
»Cercada un año no dure.
»Cuando veniste á Alcalá,
»Dentro en mis baños lo supe:
»Dejó la toca de seda,
»Que mi frente ciñe y cubre;
»A las torres de mis armas
»Con mis moros me retruje:
»Salí al campo porque nadie
»De ser cobarde me acuse;
»Mas llévanme el alma presa
»En una mora de Túnez,
»Que fué desta tierra fuego,
»Y de estos ojos la lumbre.
»Diómela su padre el Rey;
»De Africa á España la truje
»En una fusta turquesa,
»Que de oro y seda compuse
»Toda la popa dorada:
»Hice que mi estrado ocupe
»Con cien cristianos vestidos
»De telas blancas y azules.
»Celebráronse las bodas,
»Mañana un año se cumple:
»Martes, dia de desgracia,
»Que se acabaron hoy lúnes.»

(Romancero general.)

¹ También puede este romance colocarse entre los históricos de la época de Fernando V, el Santo, considerándole como fronterizo, aunque moderno y de fines del siglo XVI.

ROMANCES DE ALMORALIFE.

176.

ALMORALIFE.—I.

(Anónimo.)

El mayor Almoralfite,
De los buenos de Granada,
El de mas seguro alfanje,
Y el de mas temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,
Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su rey
Se va á la mar desde Baza,
Mas animoso y galan,

177.

ALMORALIFE.—II.

(Anónimo.)

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralfite,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas
Desde léjos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mio,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:
Si tu belleza estimaras,
Como estimo tu belleza,
Fuera idolo de España,
Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envía el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada cuanto bella,
Estando atento su moro
A preguntalle comienza:
—Almoralfite galan,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
Ó murió de las sospechas
Que á su triste original
Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 2.ª parte.)

178.

ALMORALIFE.—III.

(Anónimo.)

Descargando el fuerte acero,
Descendiéndose la espada,

Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre.
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios, que ya son verdes,
Y fueron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo pues la rienda
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aun á sacalle no basta
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te vi esta mañana
Tan enojada conmigo
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¿Mucho me quieren tus ojos!
¿Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¿Muchos cabellos, amiga,
Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste
Vacio y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú, y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¿Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¿Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
El llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¿Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¿Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejara!
Mas si dejó mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envies,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)